

# LOS HOMBRES ANTE EL RETO DE LA IGUALDAD

José Ángel Lozoya Gómez

## ¿Cómo está el patio?

La igualdad de derechos, oportunidades y responsabilidades entre mujeres y hombres ya es el discurso social hegemónico. Se trata de un derecho reconocido por la Constitución y las leyes, que la inmensa mayoría de los hombres apoya, aunque quede mucho camino por recorrer para alcanzar la igualdad real en la vida cotidiana.

Las mujeres siguen padeciendo desigualdades intolerables en el ámbito público y en el privado. Sufren discriminación al incorporarse al mercado de trabajo, cobran menos que los hombres por desempeñar la misma actividad, encuentran más dificultades para promocionarse profesionalmente y son ninguneadas en el lenguaje o en el relato de la historia.

En el mundo laboral, las desigualdades son especialmente claras en la empresa privada, aunque las dificultades para la promoción profesional (el techo de cristal) se dan en todos los sectores, como lo evidencia su poca presencia en los consejos de administración de las empresas, los altos cargos de la administración pública o la universidad, donde por raro que parezca no hay ni una catedrática de ginecología.

En el hogar, el ámbito privado por excelencia, las desigualdades son aún más difíciles de corregir. El escaqueo de los hombres ante el trabajo doméstico perpetua la doble jornada laboral de las mujeres trabajadoras, hasta el punto de poder decir que cuando una mujer y un hombre empiezan a convivir, él mejora su calidad de vida y ella la empeora. La presencia de un hombre en el hogar suele incrementar el trabajo doméstico de su compañera en lugar de reducirlo como consecuencia del reparto que cabría imaginar. Se trata de un resultado aparentemente inevitable que lleva a muchas heterosexuales a plantearse que es preferible evitar convivir con los hombres. De hecho una opción que crece tanto en Europa como en nuestro país, es la de aquellas que son madres sin un hombre en casa con el que compartir la crianza.

La igualdad real entre las mujeres y los hombres implica compartir el poder de decisión, el tiempo, el trabajo y, opcionalmente, la vida. Pero superar las desigualdades que siguen existiendo no va a ser tarea fácil, porque la intransigencia de los hombres aumenta a medida que nos acercamos a los núcleos del poder real: el control del dinero con mayúsculas o el reparto de papeles entre las parejas en las tareas del hogar. La paridad en los consejos de administración demanda de los implicados que renuncien al monopolio del poder que se deriva de la posesión y gestión del dinero; y la equidad en lo doméstico, que renuncien al bienestar que consiguen a costa de sobrecargar a sus parejas.

Se trata de objetivos que coinciden en cuestionar las relaciones de protección por sumisión; aunque no exigen el mismo tipo de sacrificio a todos los hombres, hay diferencias importantes en el precio que cada uno ha de pagar por la igualdad dependiendo de la clase social a la que pertenezca. Los hombres de la burguesía han de compartir el dinero y los medios de producción, dos recursos a los que esta clase social

se ha aferrado históricamente con uñas y dientes, pese a que en esta ocasión el reparto queda en familia y no suele deteriorar significativamente su calidad de vida, como venimos observando en los divorcios de ricos y famosos que saltan a los medios de comunicación. Los trabajadores, por su parte, han de renunciar a la servidumbre de sus parejas en el hogar y asumir personalmente la parte de la carga que ellas abandonan, por carecer de medios para pagar a otra persona que las sustituya. Una responsabilidad que modifica sustancialmente su vida cotidiana y reduce su tiempo libre.

Se trata de diferencias que ayudan a entender las resistencias de unos y otros ante las demandas de igualdad por parte de las mujeres, y las dificultades para persuadirles en los campos que más afectan a sus intereses. Los ricos no quieren ni oír hablar de leyes paritarias que propongan incluir mujeres en los consejos de administración, y la mayoría de los trabajadores se resisten a corresponsabilizarse de lo doméstico con excusas de mal pagador, aunque lo hacen con un sentimiento de culpa del que antes carecían.

En ambos casos se trata de superar desigualdades injustificables, pero a mí me resultan más cercanas las resistencias de los trabajadores. Sé lo difícil que es convencerles de las ventajas que se derivan de aprender a cuidar y a cuidarse, pese a saber que al hacerlo se gana autonomía personal, se mejoran las relaciones familiares, y se consiguen unas relaciones de pareja mucho más solidarias. Desde que dedico la mayor parte del día a “mis labores” me siento más legitimado para afirmar que las tareas domésticas son, en general, monótonas y poco gratificantes, que la limpieza sólo se ve cuando no se hace, que invierte bien su dinero quien paga por evitarlas, y que limpiar el retrete es una auténtica mierda. Pero compruebo en mis propias carnes que es precisamente lo ingrato de las mismas lo que hace más urgente y necesario su reparto.

### **¿Cómo son las resistencias de los hombres al cambio?**

Si nos lo planteamos a nivel internacional tenemos que reconocer que el camino por recorrer sigue siendo largo y difícil, y si nos referimos a esta nación de naciones que llamamos España, debemos empezar recordando que cada año enterramos a más de 60 víctimas asesinadas por quienes fueron sus parejas sentimentales.

La violencia sexista sigue victimizando a un número excesivo de mujeres, al amparo del silencio cómplice de quienes no maltratan y creen que eso les exime de rechazarla públicamente. Su inhibición ante el dolor de las víctimas y la responsabilidad de sus verdugos favorece los discursos que presentan a todos los hombres como maltratadores en potencia, en una generalización que puede ser bienintencionada pero que oculta la gama de grises que separa el blanco del negro, confunde sexo y género, cuestiona la capacidad de cambio de los hombres e invisibiliza su progresiva adaptación a las exigencias de la igualdad.

Hoy, cuando la palabra género se ha vuelto tan cotidiana que amenaza convertirse en sinónimo de sexo, conviene recordar que surgió para poner nombre a los roles sobre los que se edifica la desigualdad. Margaret Mead explicaba en *Sexo y temperamento* (Paidós. Barcelona 1982) que los roles masculinos y femeninos son propios de cada cultura y por tanto modificables por consenso social. La perspectiva de género sirve para saber cómo nos socializan, pero también para entender los cambios que se producen en la forma de vivirnos mujeres y hombres a medida que avanzamos

hacia la igualdad y, por tanto, como un antídoto contra las generalizaciones. Esta aclaración es especialmente necesaria en unos tiempos en los que cada vez es más frecuente encontrar mujeres con comportamientos que parecían ser exclusivamente masculinos o, como se dice desde el psicoanálisis, unos tiempos en los que cada vez son más frecuentes las mujeres con rasgos obsesivos y los hombres con rasgos histéricos.

La situación no es la que soñaban quienes pensaban que los hombres nos incorporaríamos a lo doméstico al ritmo en que las mujeres entraran en el mercado de trabajo. Aún así, el cambio que hemos vivido en los últimos 30 años nos ha llevado de una sociedad que condenaba a las mujeres a tener que buscar un marido que las protegiera a otra en la que ningún objetivo queda fuera del alcance de una joven dispuesta a luchar por alcanzarlo.

Este cambio ha sido posible por la capacidad inspiradora del feminismo y la presión ejercida por la mayoría de las mujeres en sus casas y en las calles. Por su constancia y habilidad para erosionar las resistencias de los hombres sin renunciar a seguir compartiendo con ellos la vida íntima. Nadie les ha regalado nada; han tenido que conquistar cada palmo de terreno al tiempo que nos ofrecían un mundo de posibilidades insospechadas, pero el león de las últimas décadas no ha resultado ser tan fiero como lo pintaban.

### **¿Están cambiando los hombres?**

Cuando alguna mujer me pregunta, no sin cierta ironía, si es cierto que los hombres están cambiando, suelo contestarle con otra pregunta: si no aprecia diferencias entre los que conoce y sus respectivos padres. Pero ahora que tengo más tiempo recordaré, sin ánimo de ser exhaustivo, que se ha producido un incremento notable de la democracia en la toma de decisiones en los hogares; que no es raro ver hombres que se van incorporando a la crianza y las tareas del hogar; que muchos padres han asumido la iniciativa de animar a sus hijas a estudiar; que los hombres asumen buena parte de la responsabilidad anticonceptiva y profiláctica en la pareja (los condones son el método más usado, y están vasectomizados el 18% de los que tienen entre 40 y 44 años); que son mayoría los que rechazan la violencia contra las mujeres y bastantes los que se solidarizan con ellas en la calle y las empresas; que son mayoría los diputados que votan las leyes que desarrollan la igualdad y los ciudadanos que apoyan la paridad en las listas electorales o los gobiernos paritarios; que los hombres aceptan con normalidad que les manden las mujeres en el trabajo o en los ejércitos.

La lucha por la igualdad es una larga marcha a la que los hombres nos vamos incorporando poco a poco. Algunos simpatizamos con el feminismo desde el principio porque vimos en él una prolongación de la lucha de clases y la defensa de las libertades; otros lo hicieron tras entrar en crisis con los modelos masculinos tradicionales en temas como el militarismo, la represión emocional o las libertades sexuales; otros, por solidaridad con las reivindicaciones de sus parejas o sus amigas; otros animaron a estudiar a sus hijas porque querían para ellas la autonomía que no siempre reconocían a sus parejas; y otros por temor a quedar fuera de juego en sus partidos o sindicatos. Los que iniciamos este trasvase tuvimos que soportar la desconfianza de nuestros conocidos, que veían en nuestra solidaridad con el feminismo una traición al colectivo masculino o una crisis profunda con la heterosexualidad.

Pero esta alianza ha valido la pena; pese a lo que queda por hacer vivimos en uno de los países más igualitarios del mundo y vamos sentando las bases para seguir avanzando. No obstante conviene recordar que no podemos dormirnos en los laureles, porque el sexismo está en crisis pero no en estado crítico; porque ninguna conquista es irreversible, y los cambios en las relaciones de fuerzas entre países o ideologías pueden amenazar las metas alcanzadas en algunas democracias occidentales. Sobre todo si tenemos en cuenta que cada vez hay más gente interesada en presentar la igualdad entre los sexos como una reivindicación sin color político, desligada por tanto de la necesidad de reducir las desigualdades entre las clases sociales o los países.

La perspectiva de género nos ayuda a ver que el cambio de los hombres es más importante de lo que suele aceptarse en los discursos por la igualdad, y la importancia que tiene visibilizarlo con iniciativas como el certamen fotográfico *Hombres en Proceso de Cambio* que convoca cada año el programa HOMBRES POR LA IGUALDAD del Ayuntamiento de Jerez. Siguen siendo muchos los hombres que tratan de avanzar hacia la igualdad en pueblos, barrios, profesiones o ambientes con frecuencia bastante hostiles, a quienes ayuda saber que hay otros que han hecho parte del camino que ellos empiezan a recorrer; y si algunos gozan de prestigio social, mucho mejor. No he olvidado lo bien que nos hubiera venido contar con modelos de identificación igualitarios cuando empezamos esta andadura allá por los ochenta, como bien les vinieron a las feministas de los setenta la historia de las sufragistas.

Es fácil de entender que las mujeres no den mucha importancia a estos cambios: están tan escarmentadas que necesitan ver 100 para creerse 10, porque su prioridad sigue siendo luchar por lo que queda por conseguir. Pero me cuesta más entender el silencio que mantienen muchos hombres por la igualdad. Un silencio que sólo puedo explicar por: el retraso en asumir responsabilidades personales y sociales para superar las desigualdades pendientes; la necesidad de seguir profundizando en el análisis crítico de la condición masculina; la denuncia del dolor que el sexismo causa a las mujeres, las minorías sexuales y las personas dependientes; el interés por hablar del dolor de los propios hombres; la necesidad de mejorar las relaciones entre nosotros; y, cómo no, el temor a alimentar la desconfianza del sector del movimiento de mujeres que nos ve como avanzadilla de nuevas formas de dominación masculina, el mismo perro con distinto collar.

Algunos defensores de la igualdad creen que al hablar del cambio de los hombres minimizamos sus resistencias y los silencios cómplices que dificultan la revolución pacífica que lideran las mujeres. No acaban de ver la importancia que tiene estudiar y mostrar estos cambios, que ayudan a demostrar que son posibles y se están produciendo, permiten evaluar el grado de crisis real del sexismo, y ayudan a concretar las responsabilidades por asumir y los obstáculos que quedan por superar, para lograr la mayoría social por la igualdad que necesitamos para consolidar el proceso.

### **¿Qué es eso del movimiento de hombres por la igualdad (MHX=)?**

Somos una generación que tiene el privilegio de poder contribuir al principio del fin del patriarcado y al diseño de una sociedad en la que mujeres y hombres podamos compartir, en condiciones de igualdad, la vida, el trabajo y el poder, si logramos que desaparezca la desigualdad en la vida cotidiana, el reparto de tareas se vuelva andrógino y los roles de género vayan perdiendo su razón de ser.

En países como el nuestro el proceso se encuentra en un momento fascinante. La ley de igualdad, la ley de dependencia, la paridad electoral o el matrimonio homosexual son pasos que nos colocan en la vanguardia y nos convierten en modelo a imitar. El siguiente paso es hacer real lo legal, normal lo justo; pero para lograrlo hace falta que la mayoría de los hombres pasen de dejarse arrastrar por el cambio a impulsarlo. Sólo así consolidaremos los progresos y haremos el tránsito menos traumático para las mujeres y los hombres.

La sociedad necesita interlocutores que representen las experiencias, las dificultades, las necesidades y las expectativas de los hombres, para que sean tenidas en cuenta en el diseño de las políticas de igualdad, porque es injusto pretender que las mujeres asuman solas el diseño del futuro. Una cosa es reconocer que tienen la iniciativa y admitir que es deseable que sigan liderando el proceso, y otra muy diferente suponerles la responsabilidad de velar por nuestros intereses, decidiendo el lugar que tendremos que ocupar en una sociedad igualitaria, porque se trata de una carga que no les corresponde y porque si la asumieran el resultado nunca sería un futuro compartido. Sin olvidar que lo que está en juego es más importante que decidir la ropa que habremos de ponernos los domingos; porque estaréis de acuerdo conmigo en que cuando un heterosexual se arregla, solemos estar viendo los gustos de su pareja.

Los hombres por la igualdad somos parte de un cambio más amplio que engloba a hombres de diversos tipos que coinciden con nosotros en su rechazo del modelo masculino tradicional, pero discrepan en las prioridades, porque anteponen su propio dolor a la lucha contra la desigualdad. Los hombres por la igualdad creemos que tenemos que ceder el poder y los privilegios que conservamos en las relaciones con las mujeres, y dedicar el mismo número de horas que nuestras parejas a lo doméstico y su gestión, al tiempo que difundimos la justeza y las ventajas de la igualdad ante el resto del colectivo masculino. Asumimos un compromiso voluntario que nos obliga a predicar con el ejemplo, a ser coherentes para resultar convincentes. Tenemos responsabilidades a nivel público y privado y sabemos lo difícil que es asumirlas en los dos espacios.

Entre nosotros los hay que tienen cierta proyección pública y son buenos modelos antisexistas, pero resultan menos convincentes en su vida familiar; los que gozan de una situación económica que les ahorra tener que demostrar si asumirían las tareas del hogar que exigen a los menos afortunados; los que están muy implicados en lo doméstico pero poco interesados en hacer público lo privado, y por tanto su influencia se limita a su entorno; y por último los que intentan conciliar sus responsabilidades familiares, laborales, sociales y relacionales, con la sensación de quedar mal en todos estos ámbitos.

Los que apostamos por impulsar un movimiento autónomo de hombres por la igualdad somos pocos y nos encontramos bastante repartidos geográficamente, aunque es en Andalucía donde se dan más grupos y experiencias organizativas. No siempre estamos de acuerdo en qué hacer, en cómo, ni en cuándo. Además, vivimos una crisis de crecimiento: estamos pasando de una situación en la que casi todos éramos exmilitantes de izquierda, a otra en la que se incorporan un número creciente de militantes políticos, que despiertan desconfianza entre algunos aspirantes a líder que ven amenazado su insignificante protagonismo. Pero nuestras dificultades para ponernos de acuerdo no disminuyen nuestras responsabilidades; por eso necesitamos superar las desconfianzas,

evitar entre nosotros toda competencia, tan innecesaria como improductiva, y convertir nuestra diversidad en patrimonio intentando colaborar en un proceso que, de otro modo, continuará con más dificultades. Nuestro retraso no es ajeno a que en algún momento parezca que son los padres separados y despechados los que representan los intereses del colectivo masculino, ni a que no tengamos aún una posición consensuada ante temas tan importantes como la custodia compartida tras una separación.

### **¿Qué podemos esperar del MHX=?**

Seguramente la mayor dificultad a que se enfrenta el MHX= (sobre cuya misma existencia se sigue discutiendo) para participar en el diseño del cambio es el miedo a que alguna de nuestras propuestas sea malinterpretada por sectores del movimiento de mujeres, que ven amenazado su liderazgo en la lucha por la igualdad, que ven peligrar los recursos —siempre insuficientes— que tanto les ha costado conseguir, y que desconfían de lo que pensamos, de lo que decimos, y de las intenciones de lo que hacemos. Una desconfianza que con frecuencia compartimos y que nos paraliza, porque abundan los que se viven como drogadictos en proceso de rehabilitación, que temen recaer en cualquier momento; machistas recuperables que, pese a su mala conciencia, siguen escaqueándose en la vida cotidiana, más igualitarios de boquilla que de hecho.

Así las cosas, la mayoría de los HX= prefieren seguir actuando como una ONG volcada en la solidaridad con el feminismo y en la crítica del modelo masculino tradicional, que pide permiso a las feministas más cercanas antes de impulsar cualquier iniciativa por temor a asumir el riesgo de equivocarse, y sin atreverse a velar porque el cambio no olvide a los hombres. Con esa actitud olvidan que somos la otra cara de la luna, la mitad de la experiencia humana y la mitad del futuro. Nadie puede hablar por nosotros ni va a representarnos si nosotros nos inhibimos; bastante tienen las mujeres con seguir luchando contra la discriminación, aquí y en el resto del mundo, para tener que ocuparse también de evitar la aparición de nuevas desigualdades que perjudiquen a los hombres.

Los hombres que estamos por la igualdad tenemos que entender que no existe contradicción en abrazar sin reservas los objetivos igualitarios del feminismo, priorizar la solidaridad incondicional con las reivindicaciones del movimiento de mujeres, asumir las propias responsabilidades personales y contribuir al cambio aportando la perspectiva de los H al análisis de los problemas y sus soluciones.

Pondré un par de ejemplos para ilustrar lo que quiero decir sobre la necesidad de arriesgar, aportando nuestra visión sobre los problemas y sus soluciones: el primero es la reivindicación de un permiso de paternidad de la misma duración que el de maternidad, ya asumida por el MHX=, que beneficia a los hombres porque nos permite disfrutar de esa etapa de la vida de nuestros hijos e hijas, al tiempo que contribuye a acabar con la discriminación de la mujer en lo laboral, lo social y lo doméstico; el segundo es de mi propia cosecha, y tiene que ver con el *Plan de igualdad entre hombres y mujeres en educación*, que aprobó el Gobierno Andaluz en noviembre de 2005.

Este *Plan...*, al que tenemos que agradecer que cada centro disponga de una profesora o un profesor en coeducación, es al mismo tiempo un buen ejemplo de cómo se pueden articular una serie de medidas a favor de las mujeres sin dedicar una sola línea a explicar por qué el fracaso escolar tiene cara de chico; que puede aclarar que hay

muchas más docentes que maestros en infantil y primaria por tradición en el cuidado, sin plantearse corregir este desequilibrio; o puede relatar que se mantiene un desequilibrio entre hombres y mujeres en las distintas ramas universitarias por la identificación de los hombres con lo técnico y de las mujeres con las humanidades, sin que este análisis le lleve a recoger entre sus objetivos y medidas la conveniencia de potenciar la incorporación de hombres a las áreas de humanidades.

No se traiciona a nadie por señalar que están tan metidas en sus problemas, y tan acostumbradas a verlo todo desde el agravio comparativo, que no es raro que les preocupe más tener peor calidad de vida en la vejez que el que los hombres mueran siete años antes que ellas. Sigue habiendo las que sostienen que no hay mujeres frías sino hombres inexpertos, sin ver que lo que proponen con esta fórmula es seguir siendo dependientes de la iniciativa masculina. Sigo oyendo reivindicar, en ambientes muy sexistas, que las mujeres han de tener derecho a poder elegir entre ser amas de casa o trabajar fuera a cambio de un salario, sin caer en la cuenta que no se puede exigir un hombre que las mantenga, etcétera.

Seguramente habrá mejores ejemplos, y sé que los que pongo se pueden discutir, pero creo que éstos me sirven para lo que quiero reivindicar, el derecho de los hombres a opinar sobre cualquier propuesta, o cualquier decisión política que nos afecte, porque la igualdad es un derecho democrático que pueden y deben exigir todas las personas que lo asuman, aunque haya que agradecer a las feministas que hoy esté en la agenda política. A opinar y a proponer. Lo único que debemos evitar, aún con la mejor de las intenciones, es decirle a las mujeres cómo se sienten o deberían sentirse, cuáles son o deberían ser sus objetivos o sus prioridades, cómo deben defender sus reivindicaciones.

Se trata de un error androcéntrico y paternalista que ya cometimos a finales de los años setenta del pasado siglo, cuando las direcciones de las organizaciones antifranquistas pretendieron decidir las posiciones que tenían que defender sus mujeres en el movimiento feminista de la transición, al no ver diferencias entre las “Asambleas de Mujeres” y las de la Construcción o la Universidad. Un error que provocó el rechazo de las implicadas, originó la salida de muchas de ellas de organizaciones que habían contribuido a desarrollar, y estuvo en la base del debate entre las independientes y las militantes de partido, provocando la peor crisis que ha conocido el movimiento de mujeres de nuestro país en las Jornadas de Granada en 1979.

No podemos olvidar que cuando hablamos de construir la igualdad entre los sexos las mujeres son la otra parte contratante, y si aceptamos que es difícil garantizar la capacidad negociadora del débil (en este caso de la débil), lo que no podemos hacer es tratar de imponerles también las reglas del juego. A mí me parece más solidario, a la vez que más equitativo, aceptar las reglas que ellas proponen y tengo que reconocer mi fascinación por la fórmula que habla de garantizar una representación mínima por sexos del 40% y máxima del 60%. Esta fórmula ayuda a identificar desigualdades en aquellos sectores o actividades a los que las mujeres siguen teniendo dificultades para acceder y en aquellos otros que los hombres están abandonando o a los que se resisten a incorporarse. El 60/40 garantiza las aspiraciones de representatividad de las mujeres al tiempo que combate el miedo de no pocos hombres a que el fin último de las mujeres no sea la igualdad sino invertir las relaciones de poder entre los sexos.

Se está produciendo una incorporación masiva de mujeres a profesiones y sectores históricamente masculinizados como la medicina o la justicia, sin que los hombres hagan el trayecto contrario incorporándose a la enseñanza primaria o la enfermería; es una especie de ampliación de las asignaciones de género femeninas como el cuidado, la educación o la administración de justicia en el hogar, que conllevan una redistribución de lo público entre los sexos, más equitativa y menos excluyente que la anterior, pero que no acaba de romper con los roles tradicionales.

Tenemos que empezar a usar las medidas de acción positiva (siempre provisionales) que sirven para ayudar a colectivos desfavorecidos y propiciar la promoción de las mujeres, para promover la incorporación de los hombres a las actividades domésticas y a las profesiones más feminizadas, como parte de una estrategia de deconstrucción de los roles de género, para que éstos dejen de estar asociados a un sexo determinado y favorezcamos el surgimiento de un referente universal que junte en una esencia lo mejor de los modelos femeninos y masculinos tradicionales. A los hombres nos vendría muy bien cualquier ayuda que favorezca la interiorización de una ética del cuidado, de la empatía o de la prudencia, por medio de nuestra incorporación a todas las actividades y profesiones asociadas al cuidado.

**Cádiz, junio de 2007.**